JULIO CASAL MUÑOZ

MEDITACIONES Y RECUERDOS



El poeta Julio J. Casal

MONTEVIDEO
1955



Julio Casal Muñoz

por IRMA RODRIGUEZ LUIS

OBRAS DEL AUTOR

Libros publicados.

LA EXPRESION INMOVIL, prosa poética y filosófica. Premiado por el Ministerio de Instrucción Pública, Concurso Remuneraciones Liter. 1946.
FILOSOFIA GRIEGA. Estudio para la docencia. Primera parte de "Síntesis de la Filosofía Universal".
FILOSOFIA CRISTIANA. Trabajo docente. 2ª parte de "Síntesis de la Filosofía Universal".
MEMORIA VIVA. Poesías y ensayos psicológicos.
SER Y MUERTE. Ensayo de Filosofía Integral. Premiado por el Ministerio de Instrucción Pública. Concurso de Remuneraciones Literar. 1950.
POETICA DE LO ABSOLUTO. Ensayos de Poética y metafísica.

En preparación.

FILOSOFIA MODERNA. 3ª parte de Síntesis de la Filosofía Universal.
FILOSOFIA ACTUAL. 4ª parte de Síntesis de la Filosofía Universal.
MARJAL. Novela social y filosófica.

Folletos, ensayos y conferencias.

FUNDAMENTOS FILOSOFICOS DE LA DEMOCRACIA. Conferencia. Folleto.
TRASCENDENCIA DEL PENSAMIENTO DE VAZ FERREIRA. Conferencia. Folleto.
CRISIS DEL ESPIRITU. Conferencia. Folleto.
MEDITACIONES Y RECUERDOS, sobre el poeta Julio J. Casal.
UNIDAD TRASCENDENTE EN EL ARTE. Ensayo.
EL ARGUMENTO ONTOLOGICO, San Anselmo y Descartes. Ensayo.
EL HOMBRE INTEGRAL. Ensayo.
EL PROBLEMA DE LA MUERTE. Ensayo.
ACTUALIDAD DE SCHILLER. Ensayo.
GOETHE Y NIETZSCHE. Ensayo literario filosófico.

MEDITACIONES Y RECUERDOS

I

Estas meditaciones y recuerdos se refieren a una voz ineludible que me llama a conversar conmigo mismo, con motivo de la muerte de mi padre el poeta Julio J. Casal. Y me traen al espíritu su voz querida reviviendo destellos de un alma superior; como si un oculto llamamiento me inclinase a meditar sobre la vida y la muerte desde un punto de vista completamente distinto al habitual, porque su presencia es un ejemplo vivo de cómo una profunda personalidad puede seguir enseñando, más allá del puente de la muerte, el valor de los actos de abnegación, de sencillez y de dignidad, que constituyeron móviles para su creación.

Sólo quienes se hayan encontrado en presencia de una fuerte individualidad, saben lo que significan sus desvelos y sus sacrificios, sus ternuras y sus triunfos.

La historia de la humanidad nos enseña como en todo tiempo han surgido hombres de excepción y como coincide su alta valoración con una honda humildad.

En el oriente, los sabios y los grandes solitarios cuyas ideas dieron origen muchas veces al nacimiento de las más antiguas religiones. Los patriarcas y profetas de Israel; los filósofos griegos que encendieron la antorcha del pensamiento occidental para asombrar al mundo del valor y la fuerza de las ideas. Los héroes de las grandes causas; los santos

y los mártires cristianos. Los hombres de ciencia que en cualquier parte del mundo ofrendan toda su vida para aliviar el dolor de sus semejantes o conocer la marcha de los astros.

Todos ellos son una prueba evidente de que esta vida, a pesar de los dolores y obstáculos inevitables, de las injusticias humanas y de la ignorancia; posee una identidad de suprema estirpe del espíritu, y que los esfuerzos de los grandes hombres nunca serán vanos. Siempre dejarán su simiente, aunque tuviera que dormir siglos de incomprensión o de barbarie...

Si como decía Rilke, cada hombre lleva consigo su muerte propia, la de mi padre vino a confirmar la sentencia del pensador. El se sentía ir acercando a la meta final de su vida con pasos silenciosos pero tenaces. Luchaba en su espíritu contra la inevitable cercanía que los años van marcando inexorablemente.

Sin entregarse jamás. Conservaba la hidalguía de los días de su juventud. Nunca fué un anciano, sino que aún estando enfermo, tenía la prestancia de su actividad y su decisión. Pero sabía hondamente el significado de los signos que la muerte enseña a quién sabe leer el lenguaje de la naturaleza y de la intuición. Y nos decía muchas veces de su corazón, que un día no lejano iba a detenerse...

Y los exámenes médicos no indicaban nada de importancia. El electrocardiograma había decidido la conveniencia de un régimen alimenticio que cumplía con exactitud. Pero no había indicios de nada que pudiera interpretarse como grave.

Pero el poeta sabe más que el médico en cuestiones de la vida y la muerte.

Y últimamente escribía unos poemas tan grávidos de sapiencia y de dolor, que era imposible no seguirle en su alto vuelo de horizontes metafísicos y de auroras insospechadas. Como en este poema de su "Recuerdo de Cielo":

"Dulzura de esta muerte
que no me alcanza nunca,
y es río familiar
que corre por mis sienes.
Yo la estaba esperando
desde otra soledad,
y élla estaba escondida".

Muerte,
mi otoño señalaba
tu impaciencia en las ramas desnudas.
Te veía venir
por trasmundos velados
y sentía en mi pecho
asomar tu presencia".

Y no eras tú.
Sospechada en espejos
me miraba tu rostro,
rostro que no era el tuyo.
No hemos amado lo bastante, acaso". (1)

Esperaba a la muerte, sabiendo que sólo el amor puede detenerla. Y amaba intensamente. Pero un día vino, "su muerte", de sorpresa. Y partió en dos el alma de mi madre, dejando una herida profunda en cada uno de sus hijos. Pero más allá del dolor inenarrable por su pérdida física, y de la angustia de su ausencia familiar, se me representa su figura viva, plena de heroísmo, de amor y de poesía.

No es posible representármelo de otro modo. Su hermosa cabeza radiante de luz, su frente ancha, cuya curva suavemente descendía, sólo cortada por el surco central que

(1) Dulzura de esta muerte.

como un águila buscaba albergue en las alturas de su roca viva. Su mirada inquieta, viajera, de una agudeza en la observación y el conocimiento humano que no conozco otro hombre con tal resplandor interior que acariciara al mirar, dulcificara actitudes, y cuya bondad sin límites era norma habitual aún en los momentos más difíciles de su vida. Siempre encontraba justificativos para comprender el error y la injusticia ajenos.

Pero al mismo tiempo, especialmente para consigo mismo y sus hijos que consideraba parte suya, era severo y austero, exigiendo el máximo y hasta lo imposible.

Esa enseñanza que en un principio produce rebeldía, luego se va entendiendo con el correr del tiempo, hasta llegar a agradecerse profundamente. ¡Qué mejor que ser juez firme para con nuestras debilidades y juez misericordioso para con los demás!

Cuando elogiaba lo hacía como estímulo para la superación y la fe en el futuro, pero muy delicadamente corregía y encaminaba por los caminos del bien, sin ostentaciones, y sin que jamás se pusiera en evidencia su honda sabiduría. ¡Cuánto recuerdo!

Su hogar se fué convirtiendo en una cátedra de alta moralidad, en donde mi madre contribuía con el amor cristiano y la enseñanza de la virtud, y mi padre nos ponía en contacto con los grandes espíritus liberales, enseñándonos a ser tolerantes, generosos y amplios.

Un clima literario fué el que predominó durante muchos años. Un libro de Cervantes o de Göethe, De Homero o de Platón caían en nuestras manos y nuestro espíritu en formación, ávido por la lectura, alternaba los juegos infantiles o los cuentos pueriles con el drama vivo del hombre, casi sin entenderlo muchas veces, pero nos dejaban un sedimento y una atracción irresistible aquellos ejemplares voluminosos de su biblioteca, especialmente por las ilustra-

ciones, ya impresionantes y fuertes como las de Gustavo Doré en el Infierno del Dante o el Quijote, como las serenas de los pintores holandeses en los libros de Hendrick Van Loon, o las historias del Arte.

A la hora de la comida, nos reuníamos alegres, sentados alrededor de la mesa del viejo comedor. Nunca faltaba el debate libre sobre el último libro de poemas de vanguardia, o la nota seria de una lectura. Casi como un rito era aquella hora en que el Sol cae vertical sobre la tierra de los hombres.

"Por el aire vienen
sus voces y mi canto.
A veces, huyen
del mediodía de mi frente" (1)

Sus poemas los aprendíamos desde niños, como ahora los dicen sus nietos, con la misma ternura y devoción:

Madre, vámonos al río
se está bañando un lucero
entre la mano del agua
¡cómo salta de contento!
Trompo bailarín dorado
a un niño se le cayó
desde los patios del cielo. (2)

Y el trompo bailaba en nuestra mano y nos figurábamos poseer el lucero real. Y corríamos por el campo, y aprendimos a amar a los humildes, a los árboles y a los pequeños animales que nos salían al paso. El amor por la naturaleza era en el poeta de "Arbol" una fuerza superior mágica e irresistible: "A un mismo tiempo, hijo, nacistes tú y el árbol".

---

(1) Cuantas calles, Cuaderno de Otoño.
(2) Lucero, Colina de la Música.

Y cuando nacía un nuevo hermano, su mano generosa plantaba un nuevo árbol, y sabíamos que una identidad esencial corría por su savia y nuestras venas. Y cuando nos trepábamos por las altas ramas, sentíamos mecernos en su columpio.

Arbol, yo ya sabía que eras hermano mío.
Hacia los cielos vamos en claro florecer...
Y tus ramas audaces, hallaron el rocío
en el cristal y el ámbar, luz de mi amanecer...
¡Arbol, yo ya sabía que eras hermano mío!

En tí hay, a momentos, más pájaros que hojas
Y eres en primavera mágico surtidor.
Y en mí, ¡qué profusión de rosas, blancas, rojas,
Y qué acento en mi lírico manantial interior! (1)

El recuerdo me lleva hasta Galicia. Tierra encantada de rías y de pinos, ¡aquel musgo sobre un muro que mirábamos sorprendidos!

Mi hermana Marynés lo dice en su poema: (2)

"Moho celeste que subía lento
por aquellas escalas tan lejanas
¡Cómo viniste a mí, hoy en la hoja
hecha de un ténue azul de filigrana!

En donde el amanecer sobre la campiña es tan nuevo cada día, que semeja un surtidor de exóticos colores, tantos matices del verde y del azul, del rojo y del naranja, que es difícil encontrar repetidos dos mismos tonos.

---

(1) Arbol.
(2) Moho celeste, que me dedica en su "Bosque Pequeño".

Desde La Coruña, la hermosa ciudad en donde nací y mi padre ejercía la representación consular del Uruguay, íbamos todos los veranos a pasar las vacaciones a una aldea gallega, para descansar los mayores de la actividad del año y nosotros los pequeños a gozar intensamente la plenitud del campo. Así conocimos Betanzos, Santiago de Compostela, Sigrás, Oleiros, Burgo, Ribadeo, Sobrado de los Monjes y otros parajes maravillosos.

Una mañana íbamos en una carreta tirada por bueyes mis hermanas Marynés, Pepita y yo. ¡Qué alegría teníamos!, encima de las espigas doradas, como un fruto de la tierra viva. "Los bueyes avanzaban lentamente"... y como crujían sus grandes ruedas sobre los guijarros del camino, tambaleándose al cruzar sobre las cunetas y los pozos. El campesino canturriaba una canción del folklore galaico: "Ya fuí a Marín... ya crucé o mar... Ya comí las naranxas de tu naranxal..."

Como si conociera todo el mundo, por haber recorrido su pequeño horizonte y pasado la ría en donde quizá lo esperase su amada.

Otra carreta se nos cruzó lentamente por un sendero transversal. Nos detuvimos, iba muy dolorosamente rechinando sus palos viejos y además traía sobre su lomo desnudo un árbol grueso, entero, recién tumbado por los leñadores...

Mi padre lo contemplaba extasiado, como si sintiera en carne propia su agonía... Y surgió el poema:

En la carreta
iba
tendido el árbol.
Los bueyes avanzaban
lentamente. El cristal
de la aurora, vertía

sus vinos claros
sobre los caminos.
La carreta pesada y quejumbrosa
balanceaba el cadáver del árbol.
A lo lejos,
los brazos de las ramas
alegremente se desenredaban
de la elástica cinta de la niebla.
El se encendería
en el hogar amplio
Nunca más podría
mecer en su blando
columpio de hojas,
a la loca brisa...
Ni daría más su sangre a los pájaros. (1)

Su espíritu no podía quedar conforme con la destrucción del árbol. Es así como después rogó al labriego que el primer pino arrancado del monte le permitiera adquirirlo, algo así como si pagase su libertad y consiguiera el perdón de la pena de muerte. Y en una fiesta sencilla y de altiva enseñanza fué plantado en la huerta familiar, ante el regocijo de todos nosotros. ¡Aldea del Burgo!

"Hoy han traído el árbol.
Viene del corazón del bosque.
Cuando le ví llegar
tumbado en la carreta,
mi lírica emoción tuvo una lágrima.
Se encontraba tan bien entre los suyos...

Ya está de pié el amigo en nuestra huerta.

(1) El humo viajero. Arbol.

¡Un árbol más, un árbol nuevo! Hijos,
que él encuentre en vosotros, agua y seda.
¡Soltad de prisa todos
los pájaros de casa!
Para todos hay hueco en su cabeza.

¡Hijos, a cantar para él
canciones tiernas...!
El forastero,
el pobre trasplantado a viva fuerza,
¡qué no eche de menos
los camaradas que en el bosque deja! (1)

Un profundo sentido humano tiene este poema. Y así podríamos continuar recogiendo entre los sueños los motivos de la auténtica creación del poeta. Pero quizá no sea necesario. Como un vértigo transcurrió aquella niñez de privilegio.

Los Jardines y el Relleno, la Avenida María Pita y la de Pardo Bazán, las arenas de la Playa de Riazor. La Torre de Hércules cubriendo la bahía.

El juego de la primera infancia, con su mágica transparencia y nuestro padre en contínua creación. Hasta que un día trágico, el dolor vino a segar la alegría en el hogar de mis mayores por primera vez.

Mi hermana Pepita, compañera de juegos y de sueños, se fué definitivamente. ¡Ternura y belleza radiante! ¡Cementerio de la aldea de Oleiros! Y mi madre no podía vivir más y ya no tenía sentido la vida para mi padre. Y nos vinimos para América... Era el año 1926. Poco después yo escribía estos versos, mi primera experiencia:

---

(1) El Forastero. Arbol.

A Pepita

Campos de Galicia, tierras de mi España
Allá en una aldea yo dejé una hermana,
el cabello rubio y la tez rosada.
Era un himno de luz en cada aurora,
un coro de mil trinos
de pájaros azules, que aletean
sobre el jugar de un niño.
Oleiros, tu corazón cercano al mío.
¡Qué prolongado silencio!
De tierra, un camino largo
que conduce, de la mano de mi madre
a un humilde campanario
entre una senda de pinos.
¡Campiña de Galicia
donde vuelve, el recuerdo
de mi infancia, como un sueño
legendario!
Ríos y montes hermanos.
¡Cementerio campesino!
Un barco me trajo muy lejos de España.
El Río es más ancho, la noche más larga.
¡Se quedó en Oleiros, sola mi Pepita!
¡Corriendo en los bosques,
jugando a las hadas!
Las luces, despiertan
de nuevo los lirios del campo.

El vapor holandés "Orania" nos trajo de La Coruña a Montevideo. ¡Cuántos días sólo mar y cielo!

¡Cómo se cambió la vida en América! Mi padre empezó a luchar económicamente. Había cambiado su cargo consular por uno en la Asamblea Representativa. Institución

que fué suprimida por un golpe de estado y un cambio de gobierno.

Pasó al Museo Municipal de Bellas-Artes. Y tuvo que elegir: O la sumisión total a una situación política que despreciaba o la lucha de frente con la adversidad que ya no iba abandonarle más. Fué destituído, con la frente limpia y las manos vacías. Comenzó un verdadero peregrinaje por los barrios de la Capital y alguna villa cercana. Mientras tanto soportaba con entereza la difícil situación.

Nunca nos faltó lo indispensable para subsistir, ni mucho menos la palabra de aliento y de estímulo, o el sacrificio para que pudiéramos completar nuestros estudios. Es casi un milagro la aparición de los ejemplares de la Revista "Alfar" que mi padre había fundado en España y continuado en el Uruguay.

Sin otros medios para su publicación que los avisos que conseguía hasta poder cubrir el costo. Sin deber nunca nada a nadie. En una labor callada y heroica. Volvía rendido a casa, el brazo para los suyos y una sonrisa en los labios.

Es casi increíble cómo pudo vivir con su revista al día, cuando las crisis económicas se agudizaron en el período comprendido entre las dos guerras mundiales. Porque su jubilación fué siempre exigua e insuficiente.

No voy a entrar en detalles. Sino que quiero solamente dejar constancia de una actitud vital y un sentido del deber. Con el contraste de una niñez sin problemas y una adolescencia llena de obstáculos, aprendimos que la vida no es fácil, y entendimos que el dolor es la mejor enseñanza para comprender los problemas del hombre. Julio J. Casal continuó creando y formando a su alrededor una verdadera escuela literaria. Alfar se mantuvo siempre a un alto nivel intelectual.

En España colaboraron entre otros: Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, García Lorca, Gabriel Miró, y los

representantes de la nueva poesía y literatura españolas.

En América escribieron las plumas de Alfonso Reyes, Gabriela Mistral, Juana de Ibarbourou, Sabat Ercasty, Emilio Oribe, Guillermo de Torre, Emilio Frugoni, y las nuevas figuras de la poética y prosa del Uruguay y la Argentina. Los 91 números de Alfar constituyen una excelente documentación de su labor cultural selecta, cumplida durante más de treinta años en España y América. Es respetando esta identificación con "su" Alfar, como con profundo cariño le llamaba, que mi madre y hermanos pensamos que no debe seguir apareciendo. Puesto que constituye parte de su obra más personal.

Aquel ambiente literario de la niñez se convirtió en un culto por la belleza y la verdad, que llevamos muy hondo en el espíritu.

Un sentido de la comprensión humana compartimos juntos cuando la heroica epopeya del pueblo español luchando por su libertad, y estuvo siempre con todos los pueblos oprimidos del mundo, como estaba en comunión con los humildes de la naturaleza: los árboles, los ríos y los atardeceres. Su corazón latía junto al corazón de quienes soportaban hambre y sed de justicia. Pero sin odios, siempre con una superior vivencia de los problemas.

II

Julio J. Casal había publicado en España varios libros de poesías. "Regrets" 1910; "Allá lejos" 1913; "Cielos y llanuras" 1914; "Nuevos horizontes" 1920; "Huerto maternal" 1921; "Humildad" 1922; "56 poemas" 1923; "Arbol" 1925 y "Poemas" 1926, editados en Madrid y en La Coruña. Los críticos literarios coinciden en señalar en su

obra poética varias etapas, en donde va logrando una superación evidente con cada producción. Las primeras obras presentan un carácter romántico de suave tonalidad, ya en "Humildad" endereza sus pasos hacia la búsqueda de los pequeños motivos en donde descubrirá la verdadera poesía. Prefiere (1)

"la cigarra típica de la siesta
con su rústica cuerda..."

a "la música cambiante de una orquesta". Su humilde afán de sencillez le conduce al abandono de la estrofa menor española, tan oculta en sus modismos y adornos, en sus rimas y metros. Y ese cambio sustancial que se anuncia en "Humildad" lo realiza plenamente con la aparición de "Arbol", en donde el modernismo sirve de fondo al primer relieve auténtico de su profunda vocación poética.

El crítico argentino Francisco Luis Bernárdez, escribe desde Vigo una nota sobre este libro consagratorio del poeta:

"El poeta Julio J. Casal, que ha consagrado su nombre dentro y fuera del país, acaba de ofrecer a sus admiradores un nuevo producto de su claro ingenio. Un libro de versos que titula "Arbol" y de cuyas composiciones hizo una lectura recientemente en la Residencia de Estudiantes de Madrid. Tuvo éxito brillante dicha lectura que reveló al escritor uruguayo en plena ascención haca las cumbres de la belleza del sentimiento".

"Con esta obra, la personalidad lírica de Julio J. Casal reclama tácitamente una ubicuidad legítima en las avanzadas de la poesía contemporánea.

(1) Precepto literario — Cielos y llanuras.

"Actualmente enfocado desde España, el escenario de la literatura "cisplatina" adquiere categóricos relieves. Las gafas de Don Miguel, admiradas se han enfrentado más de una vez con los poemas de Juana de Ibarbourou y también con los ensayos de Carlos Reyles. De "Humildad" — crepúsculo del primitivo estilo de Casal — a este armonioso "Arbol", alborada de una manera definitiva, la rampa ha ascendido perseverante y constantemente. Este último peldaño se asienta en la vecindad de las estrellas. "Arbol" sustenta todos sus nidos de emoción. Y sus ramazones se mecen, como en el verso de Rimbaud, "igual que un corro de cabezas de querubines". En la copa de su "Arbol" duerme un vino auroral y sus raíces se ahincan en la gleba ansiosa del corazón. En un claro canto de sus "56 poemas" yo encontré temblores recónditos de presentimiento:

"Y en el vegetal
corazón un día,
vendrá a cobijarse
mi espíritu inquieto
que quebró la carne..."

"Arbol" es la cristalización total de aquel presentimiento"...

En 1933 publica en Montevideo "Colina de la Música", dice Juvenal Ortiz Saralegui, verdadero hermano espiritual durante sus últimos años: "Colina de la Música" significa, el encuentro de Julio J. Casal con la poesía.

Hay un despojamiento y un enriquecerse de nuevo: en el instante de esa puerta pasa al poeta de "Cuaderno de Otoño". Vedlo. Del camino recorrido con nobles pasos, él ha dado las secretas señales del viento, el llanto y la alegría de la tierra, la amorosa música de la brisa, las varas de la

lluvia. El amor le acerca sus nebulosos azules así como la hiedra enciende el fulgor de su madurez". (1)

Entre "Colina de la Música" y "Cuaderno de Otoño" 1947, Editorial Losada, Buenos Aires. No hay más que una decantación poética y un encuentro definitivo consigo mismo y la esencia de la poesía. En 1940 publica su "Exposición de la poesía uruguaya".

Cuando publica "Colina de la Música", me dedica un ejemplar con esta generosa leyenda, que transcribo por la importancia que forjó en mi vida e ideales, la profunda fe que mi padre tenía en mí y que ha sido estímulo eficaz de constante superación:

"Para Julio, de cuyo talento, serenidad y nobleza, espero tanto".

...Yo sé que un día su voz, podrá iluminando su nombre, dar una nueva luz al paisaje de mi recuerdo". Tenía entonces 17 años y era bachiller.

Y fué en este libro en donde comenzamos a comprender la real jerarquía de su espíritu superior. Su maravillosa enseñanza de certeza interior en el perfeccionamiento espiritual y al mismo tiempo su humildad y sencillez, nos revelaban la presencia de su personalidad. Los poemas de este libro presentan un tono subjetivo y simbólico, de una música suave y un afinamiento de las palabras hasta desnudar el poema de todo artificio y descubrir el milagro de la Poesía.

I

"Colina de la música
que el horizonte aclaras,
yo fuí hacia tí, y el viento
te había llevado al mar".

(1) Diálogo con Julio J. Casal. 1955.

V

"La tristeza me ha dado
cal y barro, para mi labor
de soledad.
Humilde y firme
Ahí está el muro
que me aísla.
Desde mi silencio,
mi ternura solitaria
irá creciendo.
Algún día
el muro ha de caerse,
y no se acercarán.
Han de ver siempre el muro
que no existe".

Y en el poema VII nos expresa con claridad el proceso de su creación.

"Te vas adelgazando, palabra.
Casi inasible.
Antes venías a mí
obediente y sumisa,
tal vez
porque te veía demasiado.
¡Me diste seda y música
para vestir mi impulso.
Y fuiste el lazarillo
que llevó mi emoción
al agua de la imagen.
Hoy que no tengo nada que aprender
al fleco de tu júbilo,
que bien haces palabra

en irte adelgazando
hasta el silencio.

Y la confesión plena de asombro del poeta que ha encontrado su modo de decir y ahora no comprende como tantas veces buscaba la imagen, ella viene sola a él, como imantada por la atracción irresistible del poeta a solas en su luz y en su silencio:

XVIII

"Me va siendo difícil salir a las palabras.
Yo ya no sé llegar
hasta la imagen,
sino callado.
La fresca voz del alba,
y la caliente música del mediodía,
y la abeja desvelada de la noche,
no quieren asomarse
a mi palabra.
El sordo olor de las lejanas sombras
ahoga la voz
que yo quisiera clara.
Estoy labrando a solas
música de silencio.
Veo en los otros
la alegría del pan dorado,
en tanto mi alma vieja
está callada sobre la colina.
Estoy callado sobre la colina,
escondido en el sueño
de mí mismo,
ya en el secreto del paisaje inmóvil,
hecho al misterio de la piedra muda...

como una piedra más, como un paisaje
echado en el regazo de la sombra".

Sobre "Cuaderno de Otoño" nos dice la excelente poetisa uruguaya Juana de Ibarbourou: "Desde la meridiana altura de la vida, Julio J. Casal entona con fervor en el "Cuaderno de Otoño" el canto más inspirado y hondo de su destino lírico.

Libro de evocación, con ese "Otoño" recóndito que siempre se anticipa en el poeta, al otoño físico; con esa melancólica visión desdibujada de las cosas, cuando ya hay una "niebla que anda por la tarde" y deforma los contornos reales y crea la magia crepuscular de los paisajes íntimos; este reciente libro de Julio J. Casal nos acerca una vez más su mensaje de ternura y transparencia. Conmovido poeta vuelve los ojos al pasado: y ve mientras le sonríe — aunque lejana — la luna de su infancia, ya el otoño le va dando "su mar dorado"; definición exacta, es ese mar absoluto que le invade el alma. Sin puerto. Es la lenta oleada de los días, que al sucederse, ha ido apaciguando las antiguas borrascas. El agua corre clarificada, y apenas una involuntaria nostalgia gravitando como un llovizna impalpable, empaña la celeste diafanidad de su memoria. Ahora ya va "tirando por la borda las últimas palabras, lo que no es necesario al vuelo". Desnuda y sustancial, su voz revela la dimensión purísima de su actitud estética". "En cuatro palabras podemos sintetizar su obra: Lejanía, aire, flor y sueño". Sólo podemos agregar, que en nuestro concepto, en este libro se encuentran los mejores poemas suyos y junto con algunos de "Recuerdo de Cielo", cuaderno aparecido en 1949 y sus últimos poemas inéditos, constituye este libro la culminación de su obra poética.

"Otoño, me vas dando
tu mar dorado. Voy
por el acorde de tu agua
con mis señales últimas
de tierra, en tus cristales.

Tú y yo llorando.
No sé, si es de mi mar o de tus ojos
que se derrama el verdadero llanto". (Otoño)

Y comienza el presentimiento de la muerte, la sapiencia intuitiva que sólo es capaz de comprender el poeta descifrando los ocultos mensajes de las cosas.

IV

"Me vi tendido, muerto
en el paisaje
de los ojos de aquella vaca negra.
Y la llevé hacia el mar.
Su cuerpo hundiéndose.
Se alzó, transfigurado
en un arcángel de agua.
Yo no quería
estar muerto en la tierra".

Y seguro de que su imaginación poética, libre aún, puede darle el madero de una esperanza, ensaya ocultarse aún a la misma muerte y lo logra en el milagro de la poesía auténtica, pero ya terriblemente agónica.

V

"¡Ah, no me hallarás!

No todos los que mueren en el mar
se quedan en el mar.
Viniste de las olas...
Ellas, después de hastiarse
de jugar con mi cuerpo,
lo dejarán entre los brazos
de la orilla...
Me irás buscando por el agua
y yo estaré en la tierra.

Su desprendimiento de las palabras nos evoca aquel encuentro de Juan Ramón Jiménez con la poesía, sólo desnuda era perfecta. Y aquel otro desnudarse, pero ahora no sólo del lenguaje sino "en esencia" del poema de Antonio Machado:

"Y cuando llegue el día del último viaje:
y esté a partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontrarás a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar...".

Y en el poema XIV encontramos toda una filosofía, expresada en una síntesis tan exacta y natural que es imposible no conmoverse frente a la identidad en la ignorancia del hombre y el viento que representa los elementos de las cosas.

"Ni tú, ni yo, ni el viento...
No sabemos nada.
Tú que lo esperas todo,
yo que no espero ya.
Y el viento que entra
en las casas, y mira
y toca, y revuelve las cosas.

Después una hoja le pregunta
qué ha visto.
Y no responde nunca.
No sabe nada.
Como tú
y como yo".

Y en el poema "Aventad las cenizas" entramos definitivamente en la resolución del poeta, que sabe que hay que morir, y no se revela, pero elige todavía en lo imposible la forma pura para el último sueño, fiel a su poesía que le ha dado un sentido profundo a su vida.

"Aventad las cenizas.
Quiere el cuerpo ser aire.
Ya que llegó la hora de elegir,
nada de cielo, ni de tierra.
Aire.
Despertar con la mano invisible
la hoja dormida
y animar el plumón amarillo
del pájaro sediento.
Ah, el pobre caballo
entristecido
de angustiada fatiga,
cuando sienta
el tierno rocío
de mi presencia.

Puesto que hay que morir,
no me deis tierra
ni cielo.
Derramadme en el aire".

Nos dice Clotilde Luisi de "Cuaderno de Otoño":...

"Casal canta los días de su otoño con la sabiduría, un poco melancólica que procura una vida vivida en íntima paz; en paz no en indiferencia por los humanos dolores y alegrías, que en el espejo de sus versos, donde asoma su rostro, vemos aparecer la imagen de mil rostros anónimos". "Canta el otoño y la perdida primavera y todo lo que lenta y silenciosamente se va de nuestro lado "en la invisible muerte de todos los días"; eterno tema, y por eterno siempre renovado, que lo vincula a la más cabal tradición española de la cual nunca está ausente la idea de la muerte y la del incesante perecer. Pero refresca su voz para decírnoslo y la templa con el diapasón de Juan Ramón Jiménez y de Antonio Machado y la hace tan conmovida y tan recatada.

"Sí, estoy solo sobre los días
y se va mi navío".
"Para poder huir
ya no me quedan
sino voces lejanas
de ángeles muertos".

"Si en Julio J. Casal la tristeza se cubre de dulzura, también la dulzura se arropa de tristeza, pero en una tristeza que se vigila y mide sin cesar".

"Cuaderno de Otoño" es un fruto sazonado lenta y cabalmente. En su materia verbal, tan delgada y despojada, Julio J. Casal nos da su mensaje poético, donde la difícil simplicidad se manifiesta con una belleza tan desnuda".

En la segunda parte del libro titulado "Limonar lejano" y en la tercera "Hiedra oscura", el poeta halla su decir más auténtico, su estilo más personal. Y ya sin importar la forma libre o el retorno al soneto, busca siempre la expresión más natural y plena de belleza de sus ríos interiores ahora desbordantes en poesía.

Además hay un reencuentro en la imagen viva actual con la imagen huidiza real especialmente aquella que retorna a su niñez y descubre la ternura de su madre que nunca le ha abandonado y ahora renace en su voz doliente de nostalgias.

"Yo recuerdo
aquel golpe de hacha
sobre un leño.
Por la ventana abierta,
mi madre y yo
mirábamos la tarde.
La noche andaba lejos todavía.
Había ese silencio
que hay en la tarde muerta.
Sólo recuerdo
aquel golpe de hacha
sobre un leño". (1)

Y en la certeza de que el poeta no puede morir mientras exista poesía sobre la tierra, mientras las rosas y los cielos cubran de colores el paisaje, buscaba el motivo para su renacimiento y lo encuentra en el más humilde artista solitario: el pequeño grillo. En este poema se entrega en temblores de hoja y de sueño.

Me buscarás por cielos lejanos. El camino
del aire te abrirá su invisible arboleda.
Yo, entre los tiernos juncos del remanso dormido,
te extenderé mi puente de grillo, en voz nocturna.
Estaré junto al agua, saltando entre la tierra

(1) Aquel golpe de hacha.

lejos de aquellos ángeles donde vas a mi encuentro.
Rodaré entre las plantas, con mi invisible sombra
de música secreta, que va huyendo del día.
Irás por los peldaños
del aliento del campo,
subiendo en la creencia
de encontrarme allá arriba,
y te dirán: no está.
Cuando acaso regreses
al último viaje
de acogedora tierra,
me encontrarás al fin
en un temblor de hoja
que mecerá tu sueño...
Sí, aquí estoy, no ves, yo era el pequeño grillo. (1)

Y así podría continuar en el deleite de este libar sus mieles más preciadas, y hundir mi rostro en el olvido, o permanecer en este encantamiento que produce la mágica poesía, en este ahondar entre los sueños que ocultan a la muerte.

¡Pero no es posible! En sus poemas está viva su voz grave y dulce, su mirada tierna e inquieta, su pasión por la vida del espíritu y la felicidad que compartíamos con su presencia viva, de padre ejemplar y de hombre conciente.

"Qué angustia cuando miro
al pasado,
y sólo veo brillar las piedras
de los pendientes de mi madre".
"Qué extraña aquella sombra de mi padre
maciza, intacta,
sin un pliegue de luz".
¡Ah! ¡la naranja pequeña y amarilla

(1) El grillo.

en el azul!
Aquel color nó se puede ir (1)

Y un temblor me recorre todo el cuerpo. Su sombra era también macisa, entera como la de su padre, mi abuelo. "Sin un pliegue de luz", como será la mía y la de mi hijo. Así que la vida es eso! Una sombra macisa horizontal mientras el cuerpo permanece vertical frente al sol, y un cuerpo ya sin sombra cuando reposa en la tierra unidó para siempre con su propia sombra. Pero es la otra sombra la que sigue viviendo, la que ahora está en mí y mañana en otro. La memoria va desdibujando las figuras hasta sólo quedar en óvalos de niebla.

Y la hiedra ascendía por el muro de su ser inevitablemente y sólo en lo íntimo lo sabía.

Cuando acercas tus ojos a mi vida,
percibes sólo el familiar remanso
No ves la hiedra oscura, sin descanso
subir al muro de mi ser, ceñida.

El agua para tí, canta encendida,
en resplandor de cielo, leve y manso.
Yo, dentro, entre las olas, lucho y canso
mi corazón, por ocultar la herida.

Me miras a los días, en espejo
íntimo de dulzura, sobre el viejo
pan del día de ayer, en amor blando.

Y para tí, mi mal no transparenta

---

(1) Aquel color.

esa sangre de hiedra, fría y lenta,
que al muro de mi sien, ya va llegando. (1)

Y el poema "Ruego", que elegimos para el último homenaje a tributarle en su "Alfar", por ser representativo de su profundo sentir poético, nos deja su hablar con el Dios eterno en lo más íntimo de su conciencia. Dándonos una versión nueva y original, y no por eso menos posible, de la relación entre la divinidad y el poeta, que prefiere por su amor a la tierra no estar entre la fiesta de elegidos, sino ser un vuelo más que se ha perdido o aún más firme es su ruego de ser lluvia para aún muerto poder vivificar el campo, en ese renacer auténtico y angustiado de sapiencia suprema...

"Ni tú me esperarás. Ni yo he de ir.
Estás en lo escondido
de tu hiedra de cielo, tan lejano,
que hasta tu rostro
no podrá la muerte
alzarme en su marea.
....
Tal vez no quieras que yo llegue. El campo
aguarda en flor de muertos, mi ternura.
Sobre los infinitos lirios echaré
mi corazón de hombre. Déjame ser lluvia.
Déjame como niebla ligera
por los caminos.
Seré danza de estío para la rosa débil,
como labio de arroyo para la orilla oscura.
....

(1) La Hiedra.

Muerto aún amo la tierra. Despertando
del pecho de una muerta está mi infancia.
. . . .
Renacer en los ojos de los bueyes.
Con el rojo mastín
ladrar antiguamente a los viajeros
que llegan hasta el humo de las chozas.
¿Qué he de hacer yo en tu fiesta de elegidos?
Mi corazón es pájaro de agua
de tus copiosas venas de la tierra.
. . . .
Ni tú me esperarás. Ni yo he de ir.
Haz de mi muerte lluvia. Echala al campo. (1)

Y en la última poesía de "Cuaderno de Otoño" canta el tema eterno de la rosa, dándole su aliento vital.

Yo te vi levantar sobre los prados
cuando la alondra estaba silenciosa.
Iba ascendiendo en pétalos dorados
la arquitectura alada de la rosa.

Con sus ojos de un verde ceniciento
entre los juncos de la hora, el valle
se extendía por verte, ágil portento,
de pecho rubio y afinado talle.

Los arcos iris de la madrugada
se hacían puente para que el rocío,
por su rubor, vertiera su cascada
de cielo en fiesta, desatado en río.

---

(1) Ruego.

Un aire azul, de luna, aún en la aurora,
jugaba por la orilla de tu frente.
Para mirarte, con su fina prora
cortaba un pez el agua de la fuente.

La alondra no cantaba. En vuelos asombrados
iba ciñendo brisas de arrullo a tu cintura
mientras tú, en la rosada soledad de los prados,
te alzabas en un sueño de alada arquitectura. (1)

En toda poesía lograda plenamente hay algo intraducible, algo que no puede expresarse de otro modo que como lo dice el poeta, si no queremos perder su encanto y diafanidad, su profundidad y su contenido.

Es el ritmo y la melodía. En una página en prosa podemos encontrar la unidad entre el fondo y la forma, pero siempre hay una significación que nos sugiere el sentido del tema desarrollado. En cambio en la poesía, cuando es realmente rítmica, entramos en su configuración estética necesariamente desnudos de crítica y como en un encantamiento musical que el primer intento de análisis puede quizás desmoronar y ya no ser más comprensible.

La belleza única de algunos poemas arrastra un sonido tras otro hacia un tono sostenido que de pronto alcanza su cumbre de expresión y luego desciende hacia regiones insospechadas de extraña profundidad. Por eso la poesía se acerca a la mística. Pero tiene algo más humano, y no sólo lo divino de aquélla, puede ser expresada como arte y mantenerse objetivamente para ser vivida por todo aquel que sea capaz de vibrar al unísono con las más altas manifestaciones del ser.

Lo que importa en la poesía no es sólo la plasticidad

(1) A una rosa.

o la percepción sensible, sino y muy especialmente, las imágenes que devienen en los acaeceres intuídos. Como en el poema de Stefan George:

"Esta pena y este pesar de abandonar
lo que antes fué cercano y mío.
Este vano tender los brazos
hacia lo que ya no es más que sombra".

Así pues el hecho poético escapa a toda formulación intelectual en el sentido que Jaspers da a la oposición entre razón y existencia, una es elaboración nuestra y la otra realidad, así la poesía está entre las realidades cantadas por vivencia directa del poeta, un estar en éxtasis frente a voces desconocidas por el resto de los hombres. Una virtud iluminada o una secreta profundidad.

Toda poesía auténtica dice más de lo que enuncia, así como toda poesía puramente verbalista, enuncia y enumera más de lo que quiere decir.

En muchos versos de falsos poetas hay un ensartar términos en forma jactanciosa y la frialdad o puerilidad sobrenadan como corchos arrojados al mar.

En cambio en los poetas auténticos el fervor acompaña siempre al llamado sincero, y es conmovedor el enlace de los versos, como si arrastraran pesadas angustias.

El ritmo se arrastra lentamente como amenazando detenerse, como en estos versos de Mathias Claudius:

"Oh, es tan oscura la alcoba de la muerte,
qué tristemente suena cuando ella se mueve,
y cuando alzando el pesadísimo
martillo, da la hora".

Porque el tema de la muerte es el que inevitablemente

debo enfrentar en estas meditaciones, que dilatándose al comentar las poesías o su esencia, intentaba alejar casi inconcientemente de mi espíritu. ¡Pero no es posible!

Y antes de entrar en esta "alcoba" trágica y en donde se dan las más puras experiencias, sólo quiero agradecer al Poeta que vivió y vive en Julio J. Casal, está cálida alegría de su presencia dulce y honda, saturada de paz, que nos acompañará por el resto de nuestros días sobre la tierra madre.

III

Mi padre, hacía un tiempo que se sentía enfermo. Había consultado a médicos eminentes.

Convencido que tenía que cumplir un régimen riguroso, un poco de arterioesclerosis, había que bajar unos kilos en el peso, no ingerir alimentos dulces, ni salados...

Bien, se había acostumbrado ya a su método dietético y el hombre aquél que nunca tuvo ni un dolor de estómago, ni un resfrío. Debía ahora saber que el corazón se iba debilitando con los años. Pero él era fuerte y pleno de optimismo. Inundaba a los demás su ánimo sonriente, su bondad sin límites, su amor por los humildes y su preocupación constante por el dolor ajeno. De sí mismo le importaba poco. Sólo su pan diario, últimamente de harina integral, un vaso de agua mineral y unos poemas...

Nada hacía sospechar la cercanía de su muerte. Salía y entraba a casa con la misma agilidad que cuando era joven. Siempre le preocupó estar bien arreglado, con esa dignidad que conservan los nobles en la pobreza. Sin ostenta-

ciones, sólo con su porte de majestuosa presencia y de señorial prestancia. (1)

Los años habían pasado. La vida ya nos había enseñado la lucha por la subsistencia. Yo dejé la ciudad, que se me hacía insoportable, así como el empleo público, tan monótono! Con mi compañera y mis hijos nos fuimos al campo.

La jornada diaria me devolvió la paz al espíritu. Hasta que ya sólo con mi oficio de profesor de filosofía, pude recobrar el sentido de la libertad y de la pobreza, sin claudicaciones, con dignidad, esa que se aprende en la lucha diaria.

La comprensión en una misma empresa casi heroica, que une los corazones definitivamente. Es fácil entender aspectos de la vida que pasan inadvertidos en la vorágine de la capital. Muy a menudo venía con mi madre a mi casita de los Pinos de Carrasco, o a la que mi hermana Marynés, con su esposo e hijos, tiene muy cerca para pasar el fin de semana. Y nos reuníamos todos, padres, hijos, nietos...

Fué el último viernes santo. La semana de turismo acostumbraba acompañar al doctor Juan Carlos Carlevaro, cuñado suyo, y por quien sentía invariable afecto, a distintos lugares del interior de la República, de cacería, asados, poemas y las guitarras excelsas de mis primos Agustín y Abel Carlevaro.

Pero este año no lo hizo, no se sentía bien. Vino al rincón familiar toda la semana. Difícil también en él, que acostumbraba convivir los atardeceres en la peña del Expreso Pocitos con excelentes amigos de veladas poéticas. Estábamos juntos paseando entre los pinos y conversamos largo rato. Las mujeres y los niños en la labor casera y él

---

(1) Su madre era hija del Conde Antonio Ricordi, de la famosa casa musical de Milán. Italia.

correr libres al aire y al sol. Mi padre me dijo entonces que no se sentía nada bien. Ya lo había sentido de sus labios en otras oportunidades. Pero aquel atardecer del viernes santo, no sé por qué, algo se estremeció en mi sangre y en mi espíritu.

Una profunda amistad nos unía, mucho más que la que puede imaginarse por el hecho natural de la relación entre padre e hijo. Sentí en aquel momento cierta identidad con su persona, que no había experimentado todavía y que luego de su muerte me circundaba. Algo me anunciaba que el Poeta sabía de su muerte, claro que en lo profundo de su "hiedra que ascendía lentamente hacia sus sienes" y que nosotros no veíamos.

Temía a la muerte. Pero a esa muerte común de las enfermedades largas y dolorosas. Mejor dicho temía el dolor físico. No el otro dolor, el del alma, al que su vuelo poético lo había familiarizado; ni a la muerte real. La inevitable, la que su intuición conocía intimamente desde los más remotos días de la infancia y como hablando a solas con lo eterno, poniendo una mano sobre mi hombro, de sus labios brotaron aquellos versos grávidos de Antonio Machado:

...y ha de morir contigo el mundo mago?
....
Donde guarda el recuerdo los hálitos más puros de la vida,
la blanca sombra del amor primero,
la voz que fué, tu corazón, la mano
que tú querías retener en sueños.
....
....
los yunques y crisoles de tu alma,
trabajan para el polvo y
para el viento?...

Cuando el sol descendió del otro lado de los altos pinos y eucaliptus, y el cielo comenzó a danzar en sus rosados, azules y violáceos resplandores, volvimos al refugio hogareño. Recitó entonces sus nuevos poemas, aún inéditos. Que tienen una honda sapiencia. Que destilan sangre de su alma armoniosa. Que se enfrentan con la muerte cara a cara. Y que hablan al Dios en la conciencia, como de Hijo a Padre. Comprendiendo las angustias del Eterno, por esta doliente criatura humana.

Su voz grave y serena acariciaba los aires con su ritmo:

"Vengo desde mi sombra para verte.
Traigo la niebla de mi llanto puro.
Se me hace el día, de tan triste, oscuro.
Abierta está mi lámpara a la muerte.

Tú, en la colina de secreta suerte
separada de mí por verde muro.
Yo con mi paso voy, lento, inseguro
sabiendo que al hallarte, he de perderte.

En mi pecho tu rostro. Sólo siento
tu solitaria nieve de paloma.
y es todo claridad, lumbre y aroma.

No en el dolor, sino en tu voz me guío.
Y la lejana lluvia de tu acento
me lleva a un cielo para siempre mío". (1)

En el recogimiento de la tarde mi madre con sus oraciones y las voces femeninas y la clara y diáfana de los pequeños entonaban un cántico angelical.

Mi padre, mi hermano Rafael y yo, un poco alejados observábamos el milagro de la fe. Sólo la imagen de Cristo

---

(1) Vengo desde mi sombra para verte.

crucificado me atraía entonces. Tomé un lápiz y poco después les leía una página que acababa de escribir, nacida casi sin darme cuenta:

Viernes santo.

Esta tarde de nuevo es viernes santo. La ternura del viento nos lleva a nuestra infancia. El cielo como entonces azul de prusia. Las nubes como aquellas en gris de plomo. Una tenue llovizna va borrando los árboles lejanos; en el aire hay olor a tierra húmeda. Acaso somos los mismos que entonces. ¿Padre, te acuerdas?

Quizá, un ciclo entero del hombre ha concluído. En la pared, los ojos entornados del crucificado, nos miran gravemente. Está su mirada como detenida en un punto del espacio. Y nuestros ojos se clavan pesadamente en el madero. Una escasa luz refleja sobre el cuadro, parece venida de muy alto. ¡Qué tristeza infinita derrama su rostro pálido! Esta tarde de nuevo es viernes santo. La ternura del viento nos lleva a nuestra infancia. Mi padre está leyendo gravemente. Yo juego entre los niños. Me veo ahora en los ojos de mi pequeño Claudio, que nos mira sonriente... ¡Así te verías padre en los míos! ¡Qué ternura tienen los ojos de las madres!

El viento inclina con violencia las copas de los árboles. La lluvia fina refresca las humildes hierbas y las flores del campo. ¡Es que el tiempo no pasa!

En los cielos, trompetas se presienten entre las nubes grises. En la tierra, el crucificado. Padre, estás pensando: ¡cómo escapa la vida entre las manos! Desde la cruz nos miran sus ojos, tan humanos, una tristeza infinita nos alcanza ¡desde su rostro pálido!... Hemos vencido al tiempo. La muerte ya no existe. Mira, como juegan los niños otra vez, tienen tus mismos ojos y tus manos!

IV

Es posible que el sentido que poseía sobre el hacer poético, como una condición expresiva, única y original en su vida, lo fué elaborando agudamente, como en etapas de una exigencia anterior, no sospechada por su bonomía cotidiana.

Ya desde sus primeros libros de versos aparece ese deseo de ahondar siempre, buscando el fondo de lo real y auténtico. Es así como se salvan algunos poemas en la depuración inevitable de las primeras etapas en su ascensión poética.

Entre esos poemas que tienen un nuevo y permanente sentido de su personalidad podemos destacar su hermosa y trágica "Plegaria" aparecida en "Cincuenta y seis poemas":

"Si antes de mi existir
y entrar en el dolor
del vivir
me hubieras permitido
ser lo que deseara,
yo habría de elegir,
Señor,
ser una fuente clara,
alguna nube, un nido,
un remanso, el oleaje
del mar, cualquier paisaje,
un árbol, un reflejo, un astro, ser
el misterioso y vago atardecer.
Esa fragante flor que pinta Abril,
o lo que lleva un miserable nombre
cual la oruga, el reptil.
¡Todo lo hubiera sido menos hombre!

Es el conocimiento real de las imperfecciones humanas, de sus miserias y vanidades, el que le induce a elegir a la naturaleza, de ser posible la elección.

Y en ella, primero "ser una fuente clara, alguna nube, un nido", todo aquello que posee belleza, diafanidad, amor. Poco a poco va aceptando ser lo impersonal, el mar, pero en su fuerza viva de oleaje, luego el árbol, hasta diluírse en los reflejos del atardecer y de las luces vagas. Y por fin la suprema aceptación de los destinos más oscuros o despreciados "cual la oruga, el reptil", antes que ser hombre.

Es el camino hacia los humildes su primera purificación.

Es el encuentro de las injusticias sociales el que le hace decir en "Humildad":

"El poeta de inquieta mirada
hoy no ha comido ni bebido nada.
Anduvo errante su sombra:
....
En la calle y el taller
ha suplicado poder trabajar
pero en todos lados le dijeron
—no hay lugar—
Y rendido se ha dormido sobre un banco.
...y un buen burgués que pasaba
a un amigo se quejaba
¡tanto vago! ¡tanto vago!

En su poema "Del frigorífico" nos relata los sufrimientos de los obreros.

Y no se le escapa en su mirada compasiva y rebelde, el dolor de los trabajadores solitarios, es así como nos dice en "El afilador":

"Tiene cierto encanto la figura austera,

quijotesca y triste del afilador,
cuando arrastra el viejo carro de madera
con un gesto lleno de resignación".

El gran poeta chileno Pablo Neruda, a su paso por Montevideo, sintió su mensaje a los humildes y al pueblo, y en el ejemplar que le dedicó de su "Residencia en la tierra" dice así: "A Julio J. Casal, hermano en poesía y en sentido de la libertad". La misma actitud para con él había tenido en España Don Miguel de Unamuno, el notable pensador hispano, cuando desde el destierro le escribe elogiando la valentía de su "Alfar" como refugio de los hombres de espíritu libre frente a la dictadura que soportaba su patria.

Podemos encontrar en toda su obra poética las fuentes más genuinas de la poesía española, admiraba a Garcilaso, a Quevedo, a San Juan de la Cruz, entre los clásicos y entre los modernos especialmente a Antonio Machado, por quién sentía profunda veneración y consideraba su maestro, a Juan Ramón Jiménez a quién según sus propias palabras debe: "el camino hacia la pureza de la imagen", a García Lorca, a Guillén, a Altolaguirre, Aleixandre, Salinas y Rafael Alberti, con todos ellos tuvo una estrecha amistad. Pero quiero dejar también constancia de que en su formación influyó profundamente la lectura de Novalis, el pensador y poeta místico alemán de fines del siglo XVIII, por quien sentía una afinidad de esencia superior. Este poeta extraordinario poseía una ternura magnífica y un sublime candor, al decir del traductor al español de sus poemas Manuel de Montoliú. Solía repetir estos versos:

"El secreto del amor
bien pocos lo saben,
sienten una sed eterna
Y sienten hambre insaciable".

Y la madurez de su poesía, ya propia, sin lastres ni influencias posibles, sólo respetó la voz de Rainer M. Rilke, que le acompañaba siempre, como advirtiéndole la senda elegida, como mostrándole el camino entre los abismos y cuan larga es la experiencia del hombre, que se remonta a la infancia de cada uno, para poder descubrir los motivos más exactos de su intuición y de su vida.

Voy a transcribir una página del poeta de "Poemas de la pobreza y de la muerte":

..."Tengo 28 años y es como si no hubiera acontecido nada". Los versos significan tan poco cuando se los ha escrito tempranamente, por eso es necesario esperar comprensión y dulzura a lo largo de toda una vida, y entonces al final, se podría escribir diez renglones aceptables". Porque los versos no son como cree la gente, sentimientos. Los sentimientos, son experiencias. Para lograr un solo verso es necesario ver animales, hombres y cosas, intuir como vuelan los pájaros, el gesto con que las flores más diminutas se entreabren una mañana, los encuentros, las despedidas, los días de infancia, los padres, las enfermedades infantiles que surgían tan extrañas con tan profundas y tan grandes transformaciones, las mañanas junto al mar, en el mar mismo. En las noches de viaje. Y ni siquiera es suficiente haber pensado en todo esto, es necesario recordar muchas noches de amor, en gritos de mujeres en el alumbramiento. Pero también es necesario haber acompañado a los agonizantes, haberse sentado junto a los muertos en la habitación con las ventanas abiertas. Es necesario también saber olvidar los secretos cuando son muchos, tener una larga experiencia para esperar, porque los secretos no son todavía nada por sí mismos. Sólo cuando se ha transformado en sangre, mirada y ojos, sólo entonces, en una hora excepcional, tal vez pueda suceder, que se despierte la primera palabra del verso".

Esta concepción rilkeana de que hay que vivir primero para crear después, de que sólo la experiencia auténtica, no libresca, ni artificial, es capaz al desnudarse en sus raíces profundas de descubrir el pulso de lo eterno en la voz del poeta, la vivió mi padre y la hizo suya en la más profundo de su ser.

En sus conferencias más logradas, como la de "Rosalía de Castro", la que escribió sobre "Antonio Machado" y la que expresa su sentir "En torno a la Poesía", (1) nos revela su madurez y perfección líricas, y nos da su concepto sobre la Poesía:

"La poesía para nosotros, es abrir la ventana. Frente a ella, muros y sombras, y ver el mar. Un mar que existe, o no existe. Es lo mismo. Si no existe, lo creamos, para poder verlo, lo hacemos crecer por detrás del muro, y de la sombra"...

"No sabría definir mi poesía, pero debo mucho a mi infancia, a las lejanas memorias por donde andan los ojos de mi madre"... "En mis versos, me ha obsesionado la idea de quemar todo lo que no es imagen. La poesía no es lo recreativo ni la anécdota. No es la aventura lo que ha de quedar, sino lo que se crea".

"Me ha interesado más que el color del paisaje, la libertad del aire, el color del recuerdo. "Hemos preferido, más que los magníficos motivos, conversar con las cosas pequeñas, colaborar con los humildes". "La poesía es aquello que vemos por la última vez con ojos inocentes, al primer encuentro". "Es no estar encadenado a la tierra y dar vida a la tierra". "Ir en verdadero ser heroico y no con máscara de héroe". "La poesía no es lo concreto, ni siquiera el paisaje, es lo que esconde el paisaje. Es el eco, la resonancia".

---

(1) Próximamente se publicará esta conferencia suya como introducción a sus Poemas inéditos.

La amistad junto a la poesía constituye la otra pasión de Julio J. Casal. A su culto dedica lo mejor de su ser. En una fiesta de memorias, puesto que no puedo tratar el tema de otra manera, ni sería legítimo más que para quien lo hubiera vivido, — yo fuí creciendo a su lado mientras tanto—.

Veo desfilar por la puerta. Y el ancho patio en donde los cuadros dedicados por sus amigos pintores y escultores de toda época ocupan un lugar privilegiado: Barradas, Abelenda, Swau, Mestrovic, Torres García, Cúneo, Michelena, Maruja Mallo, Pesce Castro, Arzadun, Guillermo Rodríguez, Bazzurro, Julio Prieto...

Los paisajes gallegos rivalizando con el paisaje de la sierra uruguaya, las figuras de Rubén Darío y Alberto Lasplaces, frente a Catalina Bárcena y Gorki.

Y en su escritorio, siempre con un desorden, cuyo secreto orden él solo entendía, sus amplias bibliotecas con libros siempre en movimiento, cambiando de lugar; releídos, hojeados o tenidos en sitio de privilegio al respaldo de su silla.

Entrar en tan diversas noches a sus amigos poetas. Es imposible la fidelidad en la memoria, perdón por el olvido involuntario, además no pienso de ningún modo ser exhaustivo, sino que sólo quiero ilustrar el culto por la amistad, que mi padre sentía y veneraba. Ya para conversar sobre originales a publicarse en su "Alfar", ya para convivir momentos mágicos de poesía que a veces duraban interminables horas y casi siempre se completaban con una salida a la calle en busca de aire y de noche estrellada para continuar recitando o discutiendo.

Así vi llegar a Emilio Oribe, a Sabat Ercasty, a Basso Maglio, a Enrique y Julio Casaravilla, a Carlos Garibaldi, a Vasseur, a Fernando Nébel, a Cipriano S. Vitureira, a Jesualdo, a José Ma. Podestá, a Roberto Ibáñez, Esther de Cáceres, a Manuel de Castro, a Juvenal Ortiz Saralegui, a

Paulina Medeiros, a Rafael Alberti y Ma. Teresa León, a Oliverio Girondo, a Sabat Pebet, a C. Rodríguez Pintos, a Gastón Figueira, Alberto Zum Felde, Clara Silva, Concepción Silva Belinzon, Daniel Castellanos y a toda una pléyade de poetas jóvenes que casi invadían de contínuo su casa de la calle Bartolito Mitre, en Pocitos, en donde vivió los últimos veinte años de su vida.

Su profunda amistad con Alfonso Reyes, Julio Supervielle, Xavier Abril, Julio R. Yordi, Guillermo De Torre, Pedro Salinas, Vicente Aleixandre, Augusto M. Delfino, Pablo Neruda, Juan R. Jiménez, Alvaro Figueredo, Alberto Inzúa, Federico de Onís, Eduardo Couture, Max Aub y otros escritores de España y América, las mantenía vivas con una correspondencia, que en algunos casos era casi diaria. En España fué Rafael Barradas su verdadero hermano espiritual, compañero de luchas e ideales, ilustró "Humildad" así como después iba hacerlo con "Alfar", hasta su último número. Una correspondencia viva y cálida expresa el ritmo de dos almas afines en la lucha, el sacrificio y el triunfo.

Entre las monografías de arte de la Editorial Losada de Buenos Aires, se incluye la de Julio J. Casal sobre Barradas con las láminas copia de sus cuadros tan humanos. Yo guardo con cariño dos motivos de Barradas que me dedicó cuando aún era un niño.

Cuando murió el pintor, en casa hubo un verdadero culto por su obra y aprendimos a quererlo y valorarlo estéticamente. Es parte de nuestra formación cultural.

En el Uruguay Ortiz Saralegui le acompañó casi diariamente, nos lo dice en su "Diálogo con Julio J. Casal", "Estas cuartillas no constituyen un ensayo ni una biografía. Apenas quieren ser el testimonio de cerca de un cuarto de siglo de la diaria e inalterable amistad que nos profesámos, más que amistad de literatos, hermandad de amigos".

Sabemos también de su profundo aprecio por Emilio Oribe, por Enrique Casaravilla, por Jesualdo, Angel Aller Blanca Samonati de Parodi y Francisco A. Lanza, a quienes consideraba sus hermanos en sangre espiritual.

Y en la sangre familiar, hacía un culto también de la armonía y la fraternidad, pero debo destacar su cariño especial por su hermano Antonio R. Casal, que ocupa un consulado uruguayo en Mendoza, Argentina, que poco menor que él, fué siempre su compañero desde la niñez, y cuando de tiempo en tiempo aparecía por Montevideo, no existía para él otra persona que Antonio; yo comprendo perfectamente este hermoso suceso, pues se parece a mi padre en lo profundo de su espíritu.

En La Coruña vive Julio R. Yordi, autor de "La Peña y la peña", cuando en casa de mi padre se recibía correspondencia suya o del pintor Manuel Abelenda, lágrimas de alegría se deslizaban por las mejillas del poeta y aprendimos también a quererlos al revivir aquellos años de su juventud plena de idealismos...

Vuelvo a insistir, su corazón estaba abierto y sabía amar intensamente, sin importarle dar su vida en la siembra. Era exigente sólo consigo mismo y con la poesía.

VI

La más pequeña en mi casa era mi hermana Selva, nació cuando vinimos a América, cuando cambió la vida para mis padres, cuando empezó la lucha económica y la ascención poética. Venía a ocupar, el lugar dejado por mi hermana Pepita. Es extraño que esto pueda suceder, pero algo así sucedió. Mi madre esperaba otra niña que fuera como aquella: Rubia, hermosa, de ojos azules y cuya ternura alcanzara de nuevo la caricia del cielo.

Y así fué. La vi crecer al lado mío. Marynés y yo éramos los mayores.

Yo creo haber contribuido en la formación espiritual de Selva, junto naturalmente a la influencia poderosa de mi padre, pero aquello era distinto. Yo escribía mis primeras meditaciones y ensayos de "La expresión inmóvil" y mi más asidua oyente era Selva. Vivía mis primeras angustias metafísicas y aún era una niña.

Así transcurrieron muchos años. Y largas horas conversamos juntos sobre problemas filosóficos, en repetidas ocasiones, con verdadera comunión espiritual.

Mi hermandad con Rafael fué distinta, era la activa camaradería de dos personas que al ir desenvolviendo su juventud en la experiencia de la vida cotidiana, fuimos uniendo en un solo ovillo, las esperanzas y las alegrías, las tristezas y los sueños. Así nació una profunda amistad.

Marynés poseedora del mágico poder que encierra la actividad creadora, fué forjando sola su vida, abriéndose paso frente a las adversidades, pronto alcanzó el triunfo de un título universitario y la diafanidad de sus poemas de "Cuna de Río". Y la plenitud de su "Bosque Pequeño" (1)

¿Cómo decir en lirios y amapolas
la más dulce canción de la alborada
si el pájaro en el musgo y en el río
pusieron su ternura tan lograda?

Pero vuelvo al tema inicial, Selva, crecía y su ternura colmaba de alegría a mi padre, y fué la niña mimada por él. Muy pronto comenzó a pensar por sí misma. Y a comprender la alegría de la convivencia y la hermosura de no desentonar jamás por ninguna causa.

Un buen día se casó y le dió a mi padre la alegría de su último nieto. Pablo, el inquieto "chingolo"...

(1) Cómo decir, Bosque Pequeño.

¿El por qué de todo esto? quería decir una costumbre que tenía mi padre al acostarse y extender su mano sobre la silla situada al costado de su cabecera. Y como Selva era la más pequeña. Durante muchos años dormía en el cuarto grande y su mano se dejaba aprisionar por los dedos recios de mi padre. Creo que este contacto de las manos tiene tanta importancia como un proceso educativo. Mi padre descansaba así hasta que se dormía. Una corriente de simpatía descendía por su mano hasta vivificarse en la savia nueva de su hija.

Yo sabía que Selva escribía. Pero no sabía que había alcanzado tal dominio de la forma y el fondo como cuando un año antes de la muerte de mi padre nos recitó este poema:

A mi padre

"Escúchame. No temas.
Ya hemos muerto.
Ha pasado la verde
fragancia de los años.
Pero mi infancia
duerme aún en tu mano.
No debí salir de ella.
Fué un éxtasis de ronda en la noche.
La hace crecer el tiempo.
Y yo era pequeña,
entrando por tus dedos
en las fugaces venas,
conducida en tu sangre
hacia los rostros sin forma,
que murieron para nosotros.
Tu mano aún me sostiene.
No importa si hemos muerto.
Antes, después, las cosas...

Los ríos de tu amor
me han llevado tan lejos,
hundida en el recuerdo
que sólo vive cuando sueño.
Me han llevado tan lejos!
que yo ya soy eterna.
Sé que estamos muertos,
porque el tiempo no importa".

Fué tan espontánea la alegría de nuestro padre, que se fué con el poema bajo el brazo y poco después aparecía en los Cuadernos Julio Herrera y Reissig.

A fines de setiembre del año 1954, se inauguró en la A.U.D.E. (Asociación Uruguaya de Escritores) una Exposición de las obras completas de Julio J. Casal, continuando el ciclo de dar a conocer los valores de nuestra poesía nacional.

Asistió el poeta emocionado a los actos de homenaje que le tributaron. Extrañamente fué una despedida de los intelectuales y amigos. Su obra documental, su "Alfar", sus libros estaban allí dándole testimonio de una fecunda labor.

Estudiaron su obra poética Juana de Ibarbourou, Alfredo Mario Ferreiro, Uruguay González Poggi, Bautista y Alcaráz; en excelentes conferencias. Sobre: "Casal en el pórtico de Galicia" disertó Antonio Vega, y sobre "Cuaderno de Otoño" lo hizo el finísimo poeta Asdrúbal Botello.

El día 7 de diciembre moría de un ataque al corazón. La noche anterior estaba completamente bien. Había ido como de costumbre al Expreso Pocitos. Vinieron a avisarme en la madrugada y allí volé en el auto de mi primo Eduardo Potrie con quién compartí el intenso dolor, en el silencio más significativo de mi vida...

Cuando llegué sin mirar ni entender nada de nada, po-

sé mi oído sobre su corazón soñando en que no fuera verdad. No latía ya más. Lloré sobre su pecho como un niño.

Es extraño, el dolor vivo que lacera muy adentro y sube y baja de la cabeza a los pies amenazaba con tumbarme. Pero no podía ser. Mi madre y hermanos sufrían juntos. Yo creía que la muerte, la que conocía metafísicamente era sólo un instante. Pero no es así. Comienza muy lentamente y va creciendo más y más hasta desbordarse...

De pronto ya no se sabe nada de nada. Vienen parientes y amigos, hablan de cosas sin sentido o le estrechan la mano sin saber por qué. A uno le vienen deseos de gritar pero está mudo. De cerrar los puños con violencia y no sabe contra quién dirigirlos. De dormir definitivamente, pero se rechaza...

Lloran personas extrañas, y los íntimos van de un lado a otro sin saber que hacen. Algo que no se espera, es cuando a uno lo llaman para decidir sobre el funeral. Sobre pequeños detalles estúpidos y que sin embargo parecen gigantes.

Avisos, nombres, coches; no sé cómo se habló de un homenaje de los escritores, y un acto oratorio en su memoria. Pero de allí no saldría, lo defendíamos como animales salvajes a sus pequeñuelos. Era algo así como un niño recién nacido. ¡Padre mío!

Y no entendíamos cómo podía salir de casa. Dispusimos que lo llevaran al escritorio, allí sí, estaría bien entre sus papeles y libros, hasta que se fueran todos.

No permitimos que pusieran sillas. No! eran suficientes los espíritus de sus libros y de los cuadros, tampoco permitimos que tocaran nada. Y así pasamos la noche.

Los altos cirios resplandecían sobre el féretro de cedro. Como la madera de su escritorio, como sus árboles queridos. La gente se asomaba de cuando en cuando y miraban curiosos, estaban un momento y se iban como asustados de la presencia de la muerte. Mi hermana Selva y yo

quedamos como dos columnas toda la noche entre los cirios. Uno a cada lado de su cabeza serena. Ella lo acariciaba y a momentos le conversaba muy bajito como para que nadie pudiera oír aquel diálogo. Yo no podía desprender la mirada de sus ojos cerrados bajo los párpados, pero que aún poseían una fuerza misteriosa...

Algo me retenía poderosamente. Y sin saberlo quizá, estaba acompañándole en el último viaje...

A la mañana siguiente una muchedumbre desfiló ante mi padre. Las poetisas Juana de Ibarbourou, Paulina Medeiros y Arsinoe Moratorio y mis hermanas y esposa, estuvieron adornando su cabeza con claveles blancos, frescos y olorosos...

Luego lo llevaron al Ateneo, envuelto en la bandera nacional fué velado allí varias horas, y hubo oraciones fúnebres laicas, emotivas y elogiosas de despedida. Emilio Oribe depositó sobre el féretro su ofrenda de rosas frescas recogidas por él mismo para el hermano poeta.

Entre otros hablaron el poeta Carlos Sabat Ercasty, Héctor Silva Uranga, Paulina Medeiros y Arsinoe Moratorio. Bajo una lluvia fina fué conducido hasta el Cementerio Central, y a pie siguió el cortejo las interminables cuadras dolorosas... Allí hubo otra vez oratoria, pero yo ya no sabía nada de nada... Cuando se fueron retirando los amigos y parientes, quedamos los íntimos a solas con la muerte... Todavía me parece un sueño imposible, una pesadilla, una visión fantástica...

Cuando después de muchos días logramos estar a solas completamente, volví a pasear entre los pinos como cuando lo hacía a su lado y me decía su último poema inédito.

La tarde concluía. Y otra vez el pensamiento se inunda de imágenes, lucha consigo mismo y se remonta hasta alturas insospechadas, como siguiéndole en su vuelo trashumano y desconocido... No sé qué sentido tiene la vida

ni qué significado se puede encontrar en la muerte. Pero sí sé, que toda meditación es insuficiente, que la vivencia del dolor supera profundamente en contenido, aún filosófico, a la más ardiente de las especulaciones racionales.

Como si el espíritu fuera algo así como actualidad pura, y se agotase en la contínua realización del hacer y del pensar, del vivir y del soñar.

El incesante devenir de las cosas y los seres nos deja un sabor amargo...

Pero las obras del espíritu del hombre parecen maderos de permanencia frente al caos. La materia transcurre y se va transformando, y a pesar de su aparente cohesión al cabo de un tiempo no deja rastros. No hay más que viajar al cabo de varios años al mismo lugar en que se estuvo y convivió con otros seres, paisajes y casas y calles. Es asombrosa la variación. Los edificios se renuevan, los árboles y las personas se van cambiando hasta dejar de ser los mismas y un día desaparecen...

Pero en cambio el mundo espiritual creado por las culturas y los hombres superiores permanece. En las antiguas bibliotecas y museos, aún palpitan los corazones de los creadores. En cada libro vive su autor y renace cuando con pasión seguimos sus ideas; ¡y aún mucho más en los atardeceres!

Si el hombre es capaz de realizar obra y planes, debemos admitir la libertad como fuente de sus actos. Y entonces, más allá del hecho de la muerte, comprobamos la existencia rectora de los espíritus privilegiados sobre nuestras acciones. Y el enigma metafísico se diluye en una sencilla conclusión, si bien es cierto que no sabemos nada más allá del puente de la muerte, con respecto a la supervivencia o a la nada; en cambio tenemos la certeza de que aquí en esta tierra continúa la enseñanza de los grandes hombres, orientando la luz espiritual por nuevas sendas antes desconoci-

das. En las experiencias del hombre nacen y concluyen sus designios. No obstante su pequeñez en el universo inmensurable y casi impensable, y lo precario de la vida humana, poseemos el misterio de la libertad y de la autonomía espiritual. Si bien no conocemos ningún alma que no esté adscripta a un cuerpo tampoco es nada el cuerpo sin el alma que la vivifique; es posible que el hombre sea a la vez cuerpo y alma y no tenga sentido pensar el uno sin el otro. Un Dios podría resolver el problema de la autonomía de lo espiritual, pero al hombre parece estar vedado su conocimiento científico.

El único espíritu que conocemos es el que nace y muere, y se forja una historia y un destino propio. Más allá de la muerte y antes del nacimiento, con total honradez metafísica, no podemos poner más que interrogaciones, nunca certezas.

Cada ser participa de lo eterno y de lo infinito al buscar su perfección. La vida es una actividad constructiva, más que conservadora. Los que miran al futuro echan raíces en el pasado, para poder avanzar con firmeza. ¡Así has de estar tú Padre mío! como en el poema de Shakespeare:

"El ojo del poeta, por hermoso delirio arrebatado,
va del cielo a la tierra, de la tierra al cielo".
. . . .
. . . .
"Sólo la poesía puede decir sus sueños,
sólo con el hechizo de las palabras puede
salvar la imaginación de la oscura cadena
y el mudo encantamiento". (1)

Y para revivir de nuevo la ternura del poeta, estos dos

(1) Sueño de una Noche de Verano - Shakespeare.

poemas inéditos de Julio J. Casal, que nos llevan de su mano y en su cálida voz hasta la infancia:

DISFRAZ

"Más de lo que quisiera voy viviendo.
No seré nunca amado de los dioses.
Pasaron por mis ojos tan veloces
y en mi alta mar aún sigo sufriendo.

Desde mi soledad, voy aprendiendo
que tal vez al vivir, me nacen goces
de muerte, y disfrazada en luz de voces
me van mentidas sombras sosteniendo.

Me palpo y esta carne no es la mía.
Acaso es noche lo que ayer fué día,
brillando en apariencia y es su suerte.

Arder y no quemar, vivir en río
sin agua, ser de fuego y sentir frío
y en un disfraz de vida, ir con mi muerte".

VIEJO RELOJ

No te olvido reloj de la casa paterna.
Tus agujas de acero marchaban lentas, frías.
Friso de golondrinas adornaban tu tierna
madera, en la penumbra de tantos largos días.

Tu péndulo dorado, desde su cara eterna
nos miraba callado. Remotas horas mías.
En tu canto, gustaba como en una cisterna
todo el sueño del agua de las lejanas rías.

Viejo reloj de España, que nos trajo el abuelo.
Y de aquel mar cantábrico y el candor de aquel cielo
nos hablaba la fina y olorosa madera.

Me pareces un barco que llegas de tan lejos
y nos traes el aroma de aquellos pinos viejos
andando en nuestra antigua y familiar ribera.

¡Cuánta ternura en tu enseñanza viva y en tu poesía! ¡Qué tu flauta armoniosa sea recibida en tu cielo de aire y tierra, por la luz perenne de Machado y de Rilke, iluminando tu entrada a la inmortalidad!

JULIO CASAL MUÑOZ
